

Poemas

Eduardo Milán

El arte nunca es la verdad
pero hay momentos, hay momentos tan ausentes
como éste, en que la verdad es una forma de arte,
una mina, un trobar, El Dorado. Uno encuentra,
dos reconocen, tres cantan en trío —el trinar—,
cuatro cantan en coro. Y así, un sí de vez en cuando,
se descubre el momento. Cuando el momento se descubre
es casi un hecho. En este momento un hecho es un milagro
porque la verdad es una forma de arte, es el misterio
presente al que nadie se atreve. Por la melodía
parece que canta pero es un concepto,
el ruiseñor-concepto.

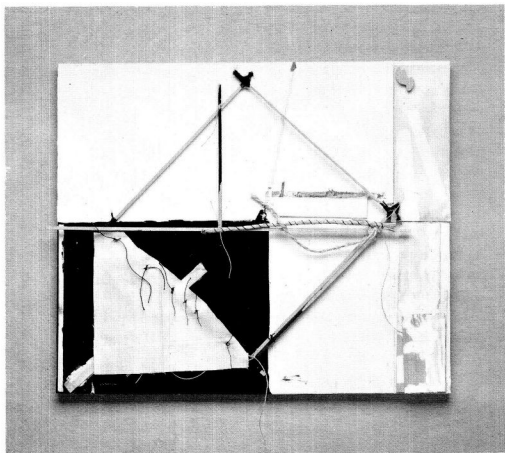
Escribo para que el techo proteja
de la intemperie, no del fuego interior que dice sí
y cae. Es necesaria una ley que no puedas entender
y puedas respetar. Escribo para un misterio
que no provenga del miedo a la nada. Amar
esta belleza porque protege la otra que,
lamento, nunca verás. Escribo para que no sea pájaro,
para que el Colorado no sea volado.

El compromiso del poeta es escribir un vaso
real, algo sublime que sirva para más
que vivir. Vivir no alcanzó nunca.
Pedir esencia, pedir médula, pedir hueso:
pedir endurecimiento de la arena, si la arena
ya es frágil, leve de pie, velo de pie,
es pedir roca caliza, sedimento. Para la sed
de ti desnuda como bajar al Precámbrico.
Algo terrible nos pasó y nos dimos cuenta:
el hueso que pedimos al poema era el mismo
hueso que el hueso de África
aunque quisiéramos roca.
Las arenas de África están llenas de poemas.

A los veinte años tu sexo olía profundamente,
antiguo, tibio, una raíz sin frío, precaria
aun viniendo de un pasado tan hondo, mítico
de atreverse a atravesar la selva sin ser visto.
Voz de ánima en pena que busca un continente,
África donde agarrarse, desgarrada. Pero volviendo,
el sexo de la mujer tiene una autonomía rara
como si le perteneciera y como si le fuera ajeno,
ajeno, independiente, estado ebrio. Vive en la fiebre
su larga memoria que lo habilita al delirio. Sus labios
son verdaderos labios. Una raíz que no es una raíz
pero parece por su resonancia. A partir de un punto
el poema son innumerables ecos, aguas liberadas, felices
de expansivas después de ser tocadas.

El tiempo, el criadero
de partículas de luz que veo
o no veo pero que igualmente están,
como el águila sin preocuparse
de un futuro. El tiempo, este azar,
fortuna que no se agita como rueda
en la movilidad del héroe, caída,
derrumbe del héroe en el abismo sin sal
de la tierra, en la sequedad donde da sombra
el belfo, la sombra de un ala gigante, péndulo
que volverá. El caballo avanza por la salina
sin agua cerca, caído el héroe. Mi padre
está lejos en el tiempo, condensado lo más
posible en la más perfecta muestra
condensada: el corazón. Dentro de un caracol
que conforma la espiral del sonido
cuya tendencia latente es la caja
de resonancia llamada Universo. Una caja
que se despliega y mientras
ruega por plegarias. Es el Amor con el que Dante
cierra el Paradiso provisoriamente, proverbialmente,
por protección: luego de Dante vienen tiempos oscuros.
Sin embargo, entre la caída del héroe, abisal, y el cierre
del Paradiso por Amor no hubo tregua, no la habría
luego de Dante. En el gesto abarcador del tiempo,
en el oleaje, cuanto más larga es la cantidad
más tiende a engolarse la lengua, contagiada

por una lira o el Anónimo del Cid
como si
fuera la Verdad una Mayúscula imantada
que impone respeto por las cosas, para empezar:
una amiba;
fuera el español la lengua paterna
por excelencia. Lo es. Aquí hay que leer,
aquí traduciremos lo sagrado escrito,
aquí está grabada una forma de ley, la lírica,
que hay que respetar por su acarreo íntimo
de lo más Reo de esta Humanidad, tan alto antes
y tan bajo ahora: el oprobio tan obvio del opio del Amor
que se contagia horizontal,
vertical,
de la cabeza
a los pies
y por el aire;
fuéramos destinados a la memoria de Pablos
que sembrarían en cada cara un semblante
para que la cara adquiriera un Deseo;
fuéramos expertos;
fuéramos como una explicación muy simple:
la fórmula es acercarse, la forma de las manos
es correcta; fuéramos un compromiso total, ciertamente
pájaros. Y dejáramos de temer.



Sin título
51.5 x 60 cm.

Cuando realizo una pintura intento crear espacios de relaciones visuales donde las formas expresen por su identidad o apariencia general, relaciones y tensiones, los fenómenos que me rodean, las realidades diversas del mundo físico o espiritual.

Estos testimonios vitales, estos sentimientos íntimos vertidos en imágenes analíticas o instintivas son los generadores de lo que llamo, para escapar a catalogaciones imprecisas, ordenaciones.

A la superficie de trabajo concurre con las motivaciones que conformarán la imagen, con las inagotables posibles soluciones de composición, con infinidad de formas, con las diferentes telas, hilos y papeles, con maderas en su estado natural o pintadas y los colores con sus misterios de relación. En una búsqueda intensa de llegar a establecer un orden todo es digitado para lograr el máximo equilibrio posible.

Suponiendo que lo haya logrado será, según el acierto con que fue alcanzado, mayor o menor el grado de vivencia de la obra.

Washington Barcala

[Texto para la exposición realizada en la
Galería Philippe Fregnac, París, 1978]



Sin título
24.5 x 14 cm.